

XVIII

Durante tres años, los vecinos de Cabañas vieron cada día al viejo Juan Pedro, vestido de peregrino, á la puerta de la iglesia, y al lado de éste á su hija Teresa, que hacía flores sentada en una sillita; delante tenía una mesilla con los útiles de su oficio, y algunos ramos y guirnaldas terminados.

De todos los pueblos cercanos iban á comprarle flores para engalanar las imágenes y los altares, y la buena hija no tenía bastante tiempo para complacer á sus parroquianos.

—¿Por qué pide usted limosna, buen hombre? —preguntaban al peregrino.

—Por penitencia, — respondía éste con humildad.

—¿Y es por mucho tiempo?

—Por el término de tres años.

Los buenos vecinos de la aldea pensaban que aquella dura expiación había sido impuesta á Juan Pedro en castigo del abandono en que había dejado á su casa, á su pobre mujer loca y á sus hijos, en particular á Teresa, que se había criado en una miseria espantosa.

Sólo don Benigno sabía la verdad.

Cada uno de los vecinos del pueblo iba cada día á dar una moneda al peregrino; el pecador arrepentido era para ellos tan simpático, como lo había sido Juan Pedro en los días en que, antes de conocer á la tabernera, era modelo de padres y esposos.

El señor cura se detenía todas las mañanas para verle y consolarle.

Por la noche, el padre se acostaba en el duro suelo, y la hija se envolvía en un gran pañuelo, se sentaba en su silla y permanecía á su lado.

En vano la habían querido persuadir el señor cura y la señora Andrea de que ella podía y debía dormir bajo cubierto; ella lo rehusaba siempre y decía:

—¿Cómo podría yo dormir en una buena cama, sabiendo que mi padre duerme en el suelo?

—Pues él bien dormía cuando, siendo tú pequeña, dormías en un camaranchón y en un jergón roto,—le respondían las personas entremetidas, que en ninguna parte faltan y menos en los pueblos.

—Eso no es cuenta mía—observaba suavemente Teresa.—No quiero ser juez de mi padre, sino solamente una buena hija suya.

Así pasaron dos años y algunos meses; ya sólo faltaban dos para llegar al término de la penitencia de Juan Pedro.

Una apacible tarde, después de rezar el *Angelus*,

el padre y la hija empezaron á hablar del porvenir.

—Ya falta poco para que se acabe la terrible prueba, padre mío—dijo Teresa;—ya pronto podrá usted habitar conmigo una casita y descansar. Mis flores darán para los dos.

—No quiero ocultarte, hija mía, que si hubiera podido dejarte colocada, mi más vivo deseo hubiera sido retirarme á un convento,—dijo Juan Pedro.

—¡A un convento, padre! ¿Y á dónde?

—A Roma. Quisiera acabar mis días haciendo penitencia por tu hermano, que debe llevar muy mala vida. Aún no soy muy viejo, y aún podría hacer algo por él: á mi edad, todavía puede el hombre prometerse larga vida para rogar á Dios.

Teresa inclinó tristemente la cabeza y no respondió.

El padre tendió hacia Oriente una mirada en la que parecía brillar un ardiente deseo de silencio y oración.

¡Cosa extraña!

Desde que Juan Pedro había estado en Roma, sus facciones, antes toscas y vulgares, se veían animadas por la luz augusta de una suprema inteligencia, de un talento extraordinario.

—¿Quién viene por aquel camino?—dijo de repente y señalando á una senda que, á través de los campos, entraba en el pueblo como una cinta de plata.

—Es un hombre,—repuso Teresa mirando también.

—Sí, un hombre... Trae vestido de militar... un morral á la espalda y una venda en los ojos.

—¡Tiburcio!—gritó Teresa.

—¡Teresal—exclamó éste abriéndole los brazos,—¡qué consuelo es para mí el verte al volver á este pueblo! Pero tú estás más hermosa que nunca, y yo vuelvo con un ojo de menos.

—¿Traes tu licencia?—preguntó con ansia la joven.

—¡Ay, sí! ¡La absoluta! ¡Sólo he llegado á los galones de sargento! Pero dime, ¿te has casado?

—No,—respondió Teresa colorada de alegría.

—¿Tienes novio?

—No.

—¿Le habrás dejado en Madrid?

—Tampoco.

—Vamos á casa de mi madre—dijo Tiburcio que parecía aliviado de un enorme peso.—Aún no he abrazado á tu padre... venga un apretón, señor Juan Pedro; pero ¿qué significa ese traje?

—Es el sayal de la penitencia, Tiburcio,—contestó el mendigo.

—Vamos, vamos, allí hablaremos. Teresa, ve á prevenirla de mi llegada, porque nada sabe, y yo te seguiré con tu padre.

—No puedo moverme de aquí para ir tan lejos, Tiburcio—dijo Juan Pedro.—En tanto que va

Teresa á decirle á tu madre que has llegado, yo te diré las causas.

Teresa corrió á casa del señor cura y avisó como Dios le dió á entender la llegada de Tiburcio, al que corrió á abrazar su madre.

Al despedirse del mendigo y de su hija, dijo Tiburcio á ésta:

—Teresa, dentro de dos meses, que es cuando acaba tu padre su penitencia, si no te da vergüenza casarte con un hombre que tiene un ojo de menos, serás mi mujer.

—¿No tendrás á menos de casarte tú con la hija de un mendigo, y que es, además, contrahecha?—preguntó Teresa con emoción.

—Más ilustre eres á mis ojos, acompañando y consolando á tu padre en la humillación de pedir limosna en el pueblo donde ha nacido, que la más rica y poderosa princesa de la tierra.

—Hubo un día en que me culpabas porque te dejaba por él.

—Ahora admiro tu valor al hacerlo, porque tú... me querías: ¿verdad, Teresa?

—¡Más que á la luz de mis ojos!

—¡Ay!—exclamó Tiburcio tristemente.—Una oftalmía tenaz me ha hecho perder uno de los míos, ¡y quizá se pase al otro!... ¿Y si quedase ciego, Teresa?

—Yo sé hacer flores—repuso la joven sonriéndose.—trabajaré para tí, y, en último caso, mendigaré el pan de cada día. La suerte me ha ense-

ñado á sufrir, que es en la tierra la misión de la mujer..

Dos meses después, y terminada la penitencia de Juan Pedro, tuvo lugar la boda de Teresa y de Tiburcio en casa del señor cura.

El mismo don Benigno dió la bendición nupcial á los jóvenes ante el altar de Nuestra Señora de la Esperanza, que se hallaba primorosamente adornado de flores por la mano de Teresa.

Al día siguiente su padre se encaminó á Roma de nuevo.

—Hijos míos—dijo á los jóvenes al despedirse,—voy á consagrarme á Dios; recibiré las sagradas órdenes y velaré por mis dos hijos mayores cuando vuelva á España: su suerte me tiene muy inquieto. Si no encuentro á Antonio en Madrid, á donde volveré tan pronto como pueda, pasaré á las misiones de América, donde tal vez podré hallarle. Rogad á Dios por mí y por ellos.

Teresa había ya llegado al puerto de paz tras de tan larga borrasca.

Había padecido tanto durante toda su vida, que la tranquila y dulce felicidad que disfrutaba casi le daba miedo.

Sin embargo, su alma grande jamás perdió su celestial tranquilidad; humildemente se había doblegado ante los decretos de la Providencia, y humildemente aceptaba la dicha que ésta le enviaba.

Los temores de su marido acerca del estado de su vista no eran vanos: la enfermedad que adquirió en América y que le hizo perder un ojo, invadió el otro.

Teresa le llevó á Madrid, sacrificando para ello todos sus ahorros de florista; se acomodó con su marido en una modesta casa de huéspedes y llamó á uno de los doctores de más fama, que le quitó toda esperanza de salvación, y le aseguró que el pobre Tiburcio se quedaría ciego sin remedio.

Este último golpe no aterró á la joven, que dió á su marido, con mil precauciones, la terrible nueva de su próxima ceguera.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!—dijo el antiguo sacristán,—¡y bendita sea por haberte colocado al lado mío!